

Nieves Azuaje

Achelekáwaka

*Cuentos, mitos y leyendas
del Pueblo Baré*





Achelekáwaka

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2024

© Nieves Azuaje

© Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Páginas web

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Redes sociales

Facebook: El perro y la rana

Twitter / X: @elperroylarana

Instagram: @perroylarana

Threads: @perroylarana

YouTube: ElperroylaranaTV

Edición y corrección

Jhon Gallardo

Diagramación

Arturo Mariño

Diseño de portada

Roberto Chávez Pabón

Imagen de portada

Primavera Méndez

Ilustraciones

Niños y niñas del Nicho Lingüístico Kawéi Jmíye

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5577-3

Depósito legal: DC2024000976

Nieves Azuaje

Achelekáwaka

Cuentos, mitos y leyendas del Pueblo Baré

*En mi vida he contado con personas maravillosas que,
con su ejemplo, con sus palabras de aliento y con su apoyo;
me han motivado a plasmar en estas páginas las vivencias,
creencias y costumbres del Pueblo Baré; a ellas dedico este libro,
en especial a mi familia,
a mis estudiantes del Nicho Lingüístico Kawei Jmiye
y a mis hermanos indígenas Baré.*

*A Dios, por darme la vida y los conocimientos
necesarios para cristalizar este proyecto.*

*A la Virgen María Auxiliadora, por guiar
mis pasos en el camino de la vida.*

*A mi hijo Leonardo Rojas, por su permanente colaboración
en la preparación del presente material.*

*Al Ing. Miguel Guape y a la Fundación PatriAmazonas,
por el apoyo y la motivación para escribir.*

*Un agradecimiento especial al Marili Alejandro Yarumare (†)
y a Doña Andrea Dacosta (†), sabios Baré, quienes aportaron
una serie de información que me inspiraron a escribir este libro.*

PRÓLOGO

La educación propia en los pueblos indígenas es el proceso de socialización mediante el cual un pueblo heredero y generador de una cultura ha diseñado sus espacios, tiempos y modos para su transmisión a generaciones venideras. Los agentes que transmiten esta educación y cultura propia son los ancianos y ancianas, las familias y las comunidades.

Para fortalecer la realidad planteada, la *Ley Orgánica de Pueblos y Comunidades Indígenas* (2005), en su artículo 75 refiere que la educación propia de los pueblos indígenas está basada en los sistemas de socialización de cada uno, mediante los cuales se transmiten y renuevan los elementos constitutivos de su cultura.

Por ello, no se puede concebir una educación autóctona fuera del contexto holístico. Para el indígena hay una estrecha relación entre su educación y el territorio que habita, entre educación y vida, entre educación y salud. Cuando los indígenas hablan de territorio se están refiriendo también a educación, por lo tanto, se tiene que adecuar cualquier actividad que se realice sobre esa visión integral que tienen dichos pueblos indígenas, es decir, su cosmovisión.

La literatura indígena es un rasgo cultural que se manifiesta como práctica axiológica y radica en el desarrollo social diario, la vida cotidiana, su cosmovisión, su interacción con el medio; por ello la producción literaria no se desliga de la realidad de su entorno. La tradición oral y cultural indígena otorgan un valor fundamental a la memoria verbal. Estas sociedades son conservadoras y respetuosas de quienes acumulan saberes ancestrales; por lo general, los ancianos. También es quizás una de las manifestaciones culturales más puras

de todo pueblo indígena, ya que a través de ella se transmite su cosmovisión, su historia, sus costumbres y todos aquellos elementos testigos de una civilización.

En estos momentos se pretende devolver a los amazonenses una mínima parte de una muestra cultural a través de *Achelekáwaka*, que es un abanico de cuentos, mitos y leyendas del pueblo Baré, cuyo fin último es ponernos en contacto con las manifestaciones literarias auténticas.

Los relatos mitológicos del pueblo Baré que contiene el presente libro son el fruto de un esfuerzo que apenas comienza, realizado por la profesora Nieves María Azuaje, mediante la investigación y recopilación de las tradiciones orales donde expresa con propiedad y elocuencia las prácticas axiológicas del pueblo al cual pertenece.

Según sus propias indagaciones, los Baré pertenecen al tronco lingüístico Arawako al igual que los Wayuu, los Añú los Aruako, los Baniva, los Warekena, los Piapoco, los Yavitero y los Kurripako. La familia Arawako es muy antigua y numerosa. Tiene su origen en el raudal de Jípana al que denominan «ombligo del mundo», en el río Ayarí que es afluente del Isana, río colombo-brasilero, porque fue allí donde su dios creador Mapiruli, a través de las mapua, sacó a los Baré y demás personas que poblaron la tierra.

Por lo tanto, el pueblo Baré es poseedor de una gran riqueza cultural que lleva consigo un cúmulo de conocimientos que son transmitidos por los ancianos en forma oral o en rituales que representan los mitos y leyendas que por milenios han mantenido los pueblos, inspirados en los dioses y/o demonios, en la lucha del bien y el mal, en el principio y el fin, estrategia de una educación transgeneracional para mantener vivos los elementos constitutivos de la cultura en las nuevas generaciones a través del tiempo.

Achelekáwaka permite entender la vida de la gente sabia y alegre del municipio Río Negro, de su actuar, su sentir, su respeto por la tierra, por los pequeños y grandes tesoros que ella alberga. Los

cuentos, mitos y leyendas exaltan la música, la danza, el canto, la dignidad y fuerza que representan sus raíces. Al leer los cuentos, mitos y leyendas de Nieves Azuaje tuve la sensación de ser partícipe de ese poder que va más allá de las palabras, la fuerza la energía que, como pinceladas, iban dibujando el espíritu de Mapiruli en las diferentes acciones del hombre Baré.

Es una historia de vida que muestra nostalgias, añoranzas, esperanza de una vida como en los tiempos pasados. Por ello, *Achelekáwaka* es leer la vida, es desentrañar el alma y el pensamiento del hombre Baré, hijo de Mapiruli, quien necesita y reclama la preservación de su cosmovisión, de su idiosincrasia y de su tierra, lo que le da sentido y en la que se reconoce porque todo lo aprendió de ella; como el ser respetuoso con sus semejantes, con la naturaleza, con el espacio, así como el retribuir en amor y esperanza de lo que esta le ha otorgado.

Nieves Azuaje nos presenta las narraciones de las vivencias con magistral delicadeza y ternura. Esta creación literaria debe asumirse como un reto para reconocer lo artístico y literario presente en las culturas ancestrales. Legitimarlos desde lo académico constituye una forma de recuperación y revitalización, los cuales son esfuerzos para fomentar entre las nuevas generaciones la riqueza cultural de los pueblos indígenas, particularmente de la lengua oral, así como la difusión entre la sociedad pluricultural y plurilingüe que contribuya a una mayor valoración de sus expresiones culturales y se suprima la idea de los «indígenas pobres», sector que, por el contrario, tiene una riqueza cultural lingüística, musical, dancística y de tradiciones.

Uno de los propósitos de la escritura sobre las manifestaciones y memorias indígenas es mantener y reactualizar esas manifestaciones, contribuyendo al desarrollo de la sensibilidad estética como medio de expresión e interpretación de ideas, sentimientos, pensamientos, costumbres, principios y valores de los pueblos indígenas.

En este sentido, *Achelekáwaka* es un buen material educativo que pueden utilizar los docentes para favorecer una educación apropiada o una educación intercultural dotando a los estudiantes de herramientas teórico-prácticas que les permitan la búsqueda, recolección y difusión de textos orales y escritos de los pueblos originarios.

Finalmente, quiero expresar que con este trabajo se recuperan las tradiciones orales de la cultura indígena y recalcar el hecho de que tales tradiciones forman parte de toda literatura. Conservándola, difundiéndola, valorándola e interpretándola estamos contribuyendo a la supervivencia de nuestras culturas aborígenes.

DR. JOSÉ ALECIO LARA

INTRODUCCIÓN

El estado Amazonas es una tierra prodigiosa, de paisajes espectaculares, de monumentos naturales excepcionales que se yerguen como atalayas de este suelo ancestral, guardando los secretos de las culturas milenarias. También posee ríos caudalosos y bravos raudales, flora exuberante, fauna extraordinaria y por sobre todo el calor humano de su gente maravillosa.

Amazonas es el hogar de 21 pueblos indígenas que poseen una invaluable cultura, la cual han mantenido en el tiempo (pese a diversos intentos de exterminio) gracias a su valentía, sabiduría y a la fortaleza que les transmiten los espíritus de sus ancestros.

Cabe destacar que el pueblo Baré ha sido sumamente afectado, debido a que ya en el siglo XIX, con la penetración europea, se generaron varios procesos que lo impactaron negativamente, como fueron la esclavitud, las enfermedades, la progresiva pérdida de su autonomía política y económica y la explotación del caucho en su territorio.

Desde épocas más recientes han estado recibiendo un bombardeo cultural foráneo bastante fuerte; igualmente una alta migración a centros urbanos, lo que ha debilitado aún más a este pueblo, en especial a lo relacionado con su idioma y, por ende, a su literatura autóctona.

Como Baré, hija de este emporio amazonense y descendiente de Mapiruli, siento la necesidad de aportar un granito de arena que contribuya con el proceso de revitalización de esta cultura, dando a conocer las vivencias, creencias y costumbres de este pueblo originario, por medio de los cuentos de mi autoría, mitos y

leyendas de tradición oral, los cuales presento en este libro intitulado “Achelekáwaka”, que en idioma Baré significa “para narrar”.

ENCANTADO POR UNA TONINA

Cierto día estaba Luis, un indígena Baré, pescando en el caño Marimajare. Mientras esperaba que los peces mordieran la carnada, observaba embelesado la belleza del lugar; se fijó en la altura de los árboles que se erigen a lo largo y ancho del caño, escuchaba la melodía que entonaban sus hojas y ramas al ser acariciadas por el viento. El color oscuro de las aguas le daba una sensación de misterio. De pronto sintió una extraña sensación, un escalofrío recorrió su cuerpo. Presintió que algo extraño estaba a punto de ocurrir.

Sin embargo, trató de calmarse y concentrarse en lo que estaba haciendo. Como ya había transcurrido una hora y no lograba pescar nada, pensó:

—¿Yo qué hago aquí perdiendo el tiempo? Mejor remonto el caño, en la parte de arriba debe haber peces en abundancia.

Luis tomó su canaleta y comenzó a remar. Al llegar al sitio que consideró adecuado, amarró la curiara a una rama que colgaba de un árbol y continuó la pesca. De pronto escuchó el llanto de un niño y se preguntó: ¿Pero... pero qué niño va a estar por estos lados? Si aquí no hay nadie.

Seguidamente escuchó unos relinchos de caballo que retumbaban en la silenciosa selva: jiiiiii, jiiii, jiiiiii.

El corazón de Luis comenzó a latir con tanta rapidez que sentía que se le iba a salir por la boca, sus manos estaban completamente frías. Por unos segundos se quedó inmóvil. No sabía qué hacer. Cuando logró reponerse de su asombro se preguntó intrigado: ¿qué es eso? Imposible que existan caballos por aquí, si lo que hay es

monte y culebra, más nada. Este es el caño Marimajare, municipio Río Negro. Esta es la tierra de Mapiruli, el Dios creador de los Baré.

Luego reinó un silencio sepulcral. Luis contenía la respiración esperando oír cualquier otro sonido extraño. Pero no hubo ninguno más, por lo que él creyó que ya todo había pasado. Los pájaros comenzaron a cantar y a revolotear por todas partes. Volaban con movimientos cadenciosos acercándosele a Luis, tal vez querían prevenirlo de algo; pero él no entendió el mensaje y se quedó allí pensando en su querida Marina. Así se llamaba su novia, con quien se había peleado y esta se había quedado en el pueblo.

La noche anterior, Luis y Marina habían asistido a una fiesta donde estuvieron bailando al ritmo del Carimbó (música brasileña), hasta que llegó El Mante, un muchacho moreno, delgado, de baja estatura y de expresión jocosa, atributo que lo hacían muy popular en la comunidad San carleña.

El Mante le pidió a Marina que bailara con él, aprovechando el momento en que Luis tuvo que salir a atender un asunto familiar. Cuando Luis regresó vio que Marina y El Mante estaban muy entretenidos riendo, hablando, bailando y ni siquiera notaron su presencia. Luis se enojó mucho, al punto de gritarle:

—¡Marina! ¡Marina!

Como ella no le hizo caso él se acercó y le reclamó el hecho de bailar con otro. Pero ella expresó:

—¿Y qué? Tú también has bailado con otras muchachas y yo no he dicho nada. ¡Deja los celos y no me molestes!

Luis, al ver que a Marina no le importaba su enojo, decidió irse de la fiesta. Al otro día salió temprano a pescar. Llevó como bastimento casabe y un pedazo de báquiro asado sin recalentar, pues su mamá lo había preparado el día anterior (los Baré no acostumbran comer comida fría porque el hacerlo implica ser encantado).

El fuerte viento y la caída de un rayo sobre un árbol al que partió en dos, lo sacó de sus pensamientos y lo volvió a la realidad. Como ya

eran las 2:00 de la tarde procedió a degustar su almuerzo. Al ingerir el último bocado, miró al cielo y se percató de que había grandes nubarrones que amenazan con caer pronto. En ese momento decide regresar al pueblo, pero divisa a unos cuantos metros a su querida Marina (que no era tal, sino una tonina que lo había encantado), ella estaba sentada sobre el tronco de un árbol que sobresalía del agua. Sin titubear él se dirige hacia ella inmediatamente y le dice emocionado:

—¡Marina! ¿Pero qué haces aquí? ¿Cómo llegaste hasta aquí?

Ella con mirada pícara y dulce voz le contesta:

—Con unos pescadores que vinieron en un bongo y arrimaron alláá abajo. Yo caminé por la orilla del caño hasta aquí para verte. Una gran emoción embarga a Luis, la misma que no le permitió percatarse de la trampa en la que estaba cayendo siguió todas las instrucciones que la muchacha le dio. Ella le regaló un apetitoso temare y le dijo que se lo comiera en ese instante.

Luis obedeció fielmente y saboreó aquel temare con mucha rapidez. Luego comentó:

—¡Está dulcito, es el mejor que he comido en mucho tiempo! ¿De dónde lo sacaste? Porque ahorita no es tiempo de cosecha.

Ella ignoró lo que él le dijo y se metió en el agua, desde donde lo llamó:

—Ven, ven, vamos a bañarnos. El agua está divina.

Luis no aguantó la tentación y se lanzó al agua. Mientras tanto en el pueblo, todo el mundo estaba preocupado porque Luis no regresó ese día, cuando sus amigos fueron al caño a buscarlo solo encontraron la curiara y el canaleta.

Pasaron tres días más y no se tenía información de su paradero, por lo que doña Ambrosina, su mamá, decidió ir donde el chamán para que este le dijera qué le había pasado a su hijo.

El chamán después de comunicarse con el espíritu de Ekui, el Rey Zamuro Blanco, le dijo:

—Tu hijo está vivo, pero un encanto lo llevó pa' Temendawi, la ciudad de los máwari. Anda mañana en la tarde pa' Marimajare, te sientas en la piedra y espéralo ahí. Ya vas a ver que mañana va a aparecé.

Doña Ambrosina hizo lo que le indicó el chamán al pie de la letra. Tomó su curiara y su canaleta con rumbo a Marimajare. A eso de las 5 de la tarde, cuando ella estaba sentada sobre la piedra, muy afligida, con la mirada perdida en el horizonte, buscando en lontananza algún indicio de supervivencia de su hijo, oyó una voz que la llamaba:

—¡Mamá, mamá!

Era Luis, quien venía caminando alegremente por la orilla del caño, con una gran sonrisa dibujada en sus labios.

Doña Ambrosina lo abrazó fuertemente al tiempo que susurraba:

—¡Hijo! ¿Cómo estás? ¿Dónde andabas?

Él contestó emocionado:

—Estaba con Marina y otros amigos, ella me vino a buscar y nos fuimos para una ciudad muy bonita. Allá nos divertimos mucho.

La madre sorprendida le preguntó intrigada: ¿Con Marina? Si ella siempre estuvo con nosotros en el pueblo. Luis solo guardó silencio. Durante el camino de regreso al pueblo no habló, no dijo absolutamente nada. Cuando llegaron a San Carlos, el chamán los estaba esperando y tomando a Luis de un brazo, expresó:

—Hijo, venga conmigo. ¿Hijo, dime qué te pasó en el caño antes de ver a Marina?

Él contestó:

—Oí a un niño llorar y a un caballo relinchar. Me extrañó porque ahí no hay niños ni caballo. No hay nadie. No sé de dónde salían esos sonidos. El chamán le explicó:

—Los máwari y las toninas hacen esos sonidos para distraer a todas aquellas personas que comen frío y después se las llevan. Vamos

pa' mi casa, te voy a soplá pa' que ni las toninas ni los máwari te vuelvan a llevá.

Entonces, se dirigieron a la casa y el chamán se vistió con su atuendo autóctono que consistía en una corona de plumas y el cuerpo pintado con onoto, ya que solo llevaba puesto un guayuco de marima. En su mano derecha tenía una pequeña maraca adornada con plumas y con la cual hacía movimientos muy particulares alrededor de Luis, al mismo tiempo que cantaba y pronunciaba palabras entre dientes, elevando la mirada al cielo como buscando respuestas de alguna deidad.

Al terminar la ceremonia, Luis se fue en busca de su familia y amigos a quienes les contó lo que vivió en Marimajare. A partir de ese momento, él se tornó más precavido, siempre recordaba los consejos del chamán, no volvió a comer comida fría y nunca más fue encantado por las toninas. Aunque siguió pescando en los caños y lagunas del municipio Río Negro.

WARI

Hace mucho tiempo vivía en la población de San Carlos de Río Negro, un niño de 8 años de edad; era delgado, moreno, con la piel tostada por el sol porque pasaba gran parte del día bañándose en la Laja de Pinto y cruzaba nadando desde esta piedra hasta otra que quedaba a unos 20 metros de distancia, a la cual llamaban Piedra e Danta.

Además de buen nadador, era buen corredor cuando hacían competencias de carrera en el pueblo siempre resultaba vencedor, por lo que lo apodaron «Wari», que significa venado en idioma Baré. Este niño era muy inquieto, cuando no se le veía corriendo en el Arenal, estaba cazando mariposas de colores a orillas del caño Parípari Wabu.

Un día, como de costumbre, salió muy temprano con sus padres para el conuco, el cual quedaba lejos del pueblo y donde cultivaban piña, mapuey, ñame, túpiro, plátano y auyama; pero el rubro más importante era el de yuca amarga, con la cual su mamá preparaba el mañoco, el casabe, la catara, el warubé y el almidón.

En cuanto llegaron, el papá tomó el hacha y se dispuso a cortar la leña para preparar la comida. Wari y su mamá se dirigieron al caño a buscar el murujui que habían dejado en él dos días antes. En ese instante Wari se percata de la presencia de un colibrí que chupaba alegremente el delicioso néctar de una flor.

Con sigilo se acerca y observa detenidamente los movimientos del pajarito, cuando escucha:

—Fuiiii, fui, fui, fuiiii, fuiiii...

Inmediatamente le pregunta a su mamá:

—¿Estás escuchando, mamá? ¿Qué es eso?

La mamá le contestó:

—Es un pájaro que está cantando. Qué bello canta ¿verdad?

Wari no dijo nada, se quedó callado oyendo con mucha atención.

Luego expresa con mucha determinación:

—Mamá ¿sabes qué?, voy a buscar a ese pájaro, te lo voy a regalar para que te alegre tus mañanas con su dulce cantar.

Su mamá intenta prohibirle que lo haga:

—No, no vayas. Déjalo cantar y volar libremente, me conformo con oírlo cada vez que venga al conuco. Puedes perderte en el monte. Además, en el pueblo dicen que por ahí anda el Yamadu, si te encuentra te llevará muy lejos.

Pero Wari no tomó en cuenta la advertencia y se internó en el monte. A medida que avanzaba oía el canto del pájaro cada vez más lejos:

—Fuiiiii, fui, fui, fuiiiii... por eso corría y corría monte adentro. Saltaba de vez en cuando para esquivar las grandes raíces de los árboles que sobresalían del suelo.

Al cabo de un rato se detuvo jadeante, estaba cansado de tanto correr. Se sentó al pie de un hermoso árbol de yébaro, del cual colgaban muchos bejucos. Observó las bellas flores de vivos colores y diferentes aromas que había en el lugar. También oyó el revolotear de los pájaros que se paseaban de rama en rama, pero no veía al pájaro cantor que lo hizo llegar hasta ahí. De pronto oyó los pasos de alguien que se acercaba:

—Tab, tab, tab, tab, tab...

Wari se levantó inmediatamente. Sintió que el miedo se apoderaba de él. Sin embargo, respiró profundo y se escondió detrás del grueso árbol de yébaro y se preguntó a sí mismo:

—¿Quién estará por aquí? ¿Será el Yamadu?

En ese instante aparece un extraño personaje, era el Yamadu, el amo de la selva, quien tenía todo el cuerpo cubierto de pelos y los

talones hacia adelante. Era de estatura pequeña, un poco encorvado. Cuando pasó por donde estaba Wari comenzó a olfatear:

—Feff....fff...fff...

Wari se quedó paralizado, no podía creer lo que estaba sucediendo. Sintió que un sudor frío le corría por el cuerpo. Cuando el Yamadu estaba muy cerca de él, a punto de encontrarlo, una sombra muy grande lo cubrió haciéndolo invisible. El Yamadu desconcertado, siguió su camino.

Wari esperó que se alejara lo suficiente y echó a correr hacia su conuco. Su madre al verlo llegar pálido y sin aliento le preguntó:

—¿Qué pasó hijo? ¿Qué tienes?

El niño llorando respondió:

—¡El Yamadu! ¡El Yamadu! ¡El Yamadu! Después de narrar lo sucedido, su madre le dijo:

—Esa sombra que te protegió es la de la lapa, que es nuestro animal totémico, ese es tu Durukubite. Nuestros antepasados descendían de animales; mi familia, por ejemplo, descendía de la lapa; por lo que su sombra nos protege cuando estamos en peligro... Pero aun así debes obedecerme, te dije que no entraras al monte y no me hiciste caso. El Yamadu se lleva a la gente lejos, monte adentro y no pueden regresar jamás.

Wari escuchó en silencio lo que decía su madre y comprendió que debe obedecer a sus padres y no ir solo a la selva porque ella está llena de misterios y cualquier cosa puede pasar.

EL HOMBRE TIGRE

Guarinuma es un caserío pequeño ubicado a las orillas del Río Negro. La alfombra de hierbas verdes cubierta por el rocío y una suave brisa indican el inicio de un nuevo día. Es cuando se oye el trinar de los pájaros, el canto de los gallos, el cacareo de las gallinas y los lugareños comienzan a bajar al río a darse el chapuzón mañanero.

En este caserío vivían pocas personas, prácticamente todas pertenecían a una misma familia. Los hombres se organizaban en grupos para ir a cazar y pescar. Mientras que las mujeres hacían los quehaceres de la casa, trabajaban en el conuco y también recolectaban frutos en el monte. Todas las actividades las realizaban en completa armonía.

Cierto día, llegó una familia procedente de tierras lejanas. Ésta estaba conformada por el abuelo Tiago, la mamá Dania, el papá Kurupi y tres niños pequeños de 7, 5 y 3 años de edad. Cuando les preguntaban de dónde venían, ellos contestaban:

—De lejos... muy lejos. Pero nunca decían de dónde exactamente. Poco tiempo después, en horas de la noche, la gente veía a un tigre merodeando en la comunidad. Los habitantes de Guarinuma se reunían en la mañana y hacían comentarios al respecto, todos estaban preocupados por la situación.

Sin embargo, al cabo de unos meses, al ver que el tigre era inofensivo, pues no ocurrió ningún incidente que evidenciara la peligrosidad del felino; no le siguieron dando importancia al asunto. Muchas personas comentaban:

—Ese es un tigre viejo, está cansado, por lo tanto, ya no hace daño.

La vida en Guarinuma pasaba sin mayores contratiempos, todo parecía normal. Los niños a diario jugaban alegremente en el río, el cual constituía su centro de recreación. Allí nadaban, hacían competencias, las niñas imitaban a sus madres en las labores de fregar y lavar la ropa.

En una ocasión, Don Tiago se les acercó a unos hombres que se preparaban para salir en una lancha con destino a Solano, comunidad ubicada en las riberas del Casiquiare y les preguntó:

—¿Me pueden llevar con ustedes? Tengo que hacer una diligencia en Solano.

Jorge, el motorista y responsable de la lancha, le contestó:

—No, ya no cabe más nadie. Vamos cuatro personas y llevamos una carga muy pesada. Son alimentos para los militares que están asignados al Comando de allá, porque ahorita está muy difícil conseguir pescado y cacería. En otra oportunidad será, señor.

Don Tiago, le dijo muy enfadado:

—Entonces me voy por la carretera y te apuesto una gallina, que llegaré primero que ustedes porque soy muy rápido. Jorge se echó a reír y expresó:

—Está bien. Acepto la apuesta. Nos vemos allá. Ja, ja, ja, ja.

Cuando se alejó Don Tiago, Jorge comentó:

—Este viejo está loco. ¿Cómo va a recorrer 40 kilómetros a pie en menos de media hora? Eso es lo que nos tardaremos en llegar a Solano en esta lancha y con un buen motor ja ja ja.

De inmediato la lancha zarpó a toda máquina, Jorge iba pensando en que esa era la apuesta más fácil que ganaría en su vida.

Sin embargo, al cabo de media hora, al divisar la costa del poblado de Solano, ven a un hombre de mirada profunda, de cejas muy pobladas matizadas por el paso de los años, el de la cicatriz en forma de media luna, sentado sobre una piedra ¡era Don Tiago! y estaba esperando la llegada de la lancha.

Los tripulantes de la misma no podían creer lo que estaban viendo y se preguntaban:

—Pero ¿cómo lo logró? Es imposible que este anciano haya recorrido ese trayecto tan rápido. ¡Es imposible!

Al no encontrar una respuesta lógica, Jorge se dirigió a Don Tiago, quien se reía burlonamente y le dijo:

—Tú hiciste trampa. Así que vamos a apostar de nuevo. Yo no creo que hayas caminado tan rápido. ¡Ni que hubieses volado!

Don Tiago contestó sonriente: -Está bien. Acepto. Yo me voy nuevamente por la carretera. Ya vas a ver que te voy a volver a ganar. Al llegar a Guarinuma me pagas, procura que sea una gallina gorda.

Apenas zarpó la lancha, Don Tiago caminó hacia la calle principal de Solano para internarse en la selva, la cual estaba adornada de flores de yébaro y «ojo de zamuro». Esta carretera en varios tramos era interrumpida por pequeñas quebradas y caños destacándose uno muy hermoso por tener su agua rojiza y lo llamaban «el caño de Azuaje».

Antes de la media hora, Don Tiago estaba sentado sobre las grandes raíces de un frondoso árbol de chiga, que daba la bienvenida a los visitantes de Guarinuma. Allí, un poco fatigado por el viaje esperaba a Jorge para cobrarle la apuesta.

Minutos más tarde arrimaba la lancha y Jorge nuevamente incrédulo saludó a Don Tiago, expresando:

—Bueno Don, me volvió a ganar. Pero aún no estoy convencido de su agilidad y rapidez. Estoy seguro de que me hizo trampa. No sé cómo, pero la hizo. Vaya más tarde a mi casa para darle la gallina.

—Está bien. Y que esté bien gorda, contestó Don Tiago.

Al transcurrir dos meses de la apuesta, Antonio, otro habitante del lugar, quien tenía un hermoso conuco en Caño e Loro, decidió quedarse a dormir ahí esa noche porque al otro día saldría muy temprano a cortar la madera para construir otra casa en dicho conuco. A las tres de la madrugada, cuando él se encontraba

dormido, lo despierta un sacudón que alguien le dió al chinchorro. Él se levantó rápidamente y se percató de que un tigre lo estaba atacando. Se desató una feroz lucha entre ellos, el tigre le lanzaba zarpazos y él trataba de esquivarlos, muchos de ellos lo alcanzaron haciéndole varias heridas.

Antonio le daba patadas al tigre porque se había acostado con las botas puestas. Éstas tenían adelante una parte dura y resistente, lo que impedía que se lastimara los pies. Durante el forcejeo Antonio logró derribar al tigre y alcanzó la escopeta, la cual estaba colgada en uno de los horcones de la casa.

En ese momento, varios disparos interrumpen el silencio de la selva:

—Pum, pum, pum... Y el tigre queda tirado en el suelo, sin vida.

Antonio sale en carrera veloz por el camino hacia Guarinuma y cuando llega a eso de las 6:00 de la mañana, comenta lo ocurrido. Los pobladores lo acompañan hasta Caño e' Loro, revisan al tigre y se encuentran con una sorpresa. ¡Él tiene en la pierna delantera derecha, la misma cicatriz en forma de media luna que tiene Don Tiago en el brazo derecho!

Cuando los hombres regresan a Guarinuma buscan a Don Tiago para contarle lo sucedido, pero no lo encontraron. Les preguntaron a Kurupi y este respondió:

—No lo he visto hoy. La última vez que lo vi fue anoche.

Les preguntaron a casi todas las personas si habían visto a Don Tiago, pero la respuesta fue negativa. Cuando le contaron a su hija Dania lo sucedido, ella rompió en llanto y exclamó:

—Ese tigre que mataron era mi papá. Él tenía el poder de transformarse en tigre, por eso él recorría muy rápido las distancias grandes. Él dijo anoche que iba a cazar para Caño e' Loro. Antonio aún sin salir de su asombro dijo:

—Pero... ¿por qué me atacó a mí? Yo no le hice nada.

Dania al escuchar el relato sobre la pelea explicó:

—Yo creo que mi papá no te iba a hacer daño, yo creo que él se tropezó con algo en la oscuridad y manoteó el chinchorro. Y tú al ver que era un tigre, te defendiste. Y ya sabemos el resultado.

Fue en ese momento cuando Jorge comprendió cómo había hecho Don Tiago para ganar la apuesta y exclamó:

—¡Claro, se convertía en tigre y corría libremente por la selva!

Se dirigió a los demás diciendo: -Ajá, ¿ven que era cierto? ¡Don Tiago me hizo trampa! Yo lo sabía...lo sabía.

Pero nadie habló, todos estaban consternados por lo ocurrido. Por lo que en Guarinuma todos lloraron la pérdida del hombre tigre, que vino de lejos...muy lejos...

DOS MUNDOS

Una tarde de octubre del año 1979 llegó a San Carlos de Río Negro, un joven científico proveniente de la capital del país, él trabajaba en una institución que realizaba estudios en esta región. Su misión era hacer una investigación relacionada con unas plantas medicinales que son propias de esa zona.

En una oportunidad, un investigador que lo antecedió, llevó una muestra del bejuco “Cadena” al laboratorio y se descubrió que poseía propiedades curativas para la enfermedad conocida como Psoriasis. Es por ello que el Dr. José García debía llevar una muestra mayor y mejor para obtener los resultados finales del experimento.

José hizo amistad rápidamente con los habitantes del pueblo y aprendió sus creencias y costumbres, lo que le permitía obtener mucha información relacionada con los conocimientos ancestrales que los indígenas Baré guardaban con mucho celo. Durante las visitas que realizaba a sus amigos, ellos le contaban historias, cuentos, mitos y leyendas del lugar. Él los escuchaba con atención y con respeto, pero también se mostraba un poco escéptico ante las aseveraciones de los indígenas.

Un día, José se dirigió al río a tomar un baño. Llegó a la piedra conocida como Laja e’ Pinto, se sentó y meditó un largo tiempo. Luego se metió al agua. En ese momento sintió la compañía de alguien. Pero miró a su alrededor y no había nadie. Siguió sumergido en sus pensamientos, cuando de pronto alguien le dijo:

—¡Idúwalikasákali yaránawi!

José volteó a mirar a la persona que le hablaba. En la orilla, justo detrás de él se encontraba una bella joven de 18 años

aproximadamente, de piel morena, ojos grandes y negros, cabello largo y negro como el azabache, de cuerpo esbelto y con medidas perfectas. Él quedó completamente impactado con tan hermosa figura y solo se limitó a preguntar:

—¿Quién eres? ¿De dónde saliste? No te vi llegar y yo tengo un buen rato aquí. No había nadie más.

Con una espectacular sonrisa que mostraba su blanca y bella dentadura, la joven le contesta:

—Cuando llegaste yo estaba ahí (señala hacia un pequeño canal que es la entrada al caño Parípari Wabu) Pero tú no me viste, me escondí y te observé por un largo rato.

Ya más tranquilo, José dijo:

—¡Ah! Y cuando hablaste no entendí nada. ¿Qué me dijiste?

Ella sonrió con picardía y contestó:

—Te saludé. Te dije: bienvenido hombre blanco o persona no indígena, eso es en idioma Baré, es el idioma materno de nosotros los Baré – aclaró.

Él también sonrió y la invitó a entrar al agua. Él no dejaba de contemplar la belleza de la muchacha, quedó prendado de ella. La atracción fue mutua, a ella también le agradó el “yaránawi” y pasó con él bastante tiempo. Hablaron de muchas cosas, ella le habló de las maravillas de la región, sobre todo del Río Negro, del caño Marimajare, del caño Mayabo, de la isla Sarama y del Parípariwabu. Tan agradable fue el encuentro que el tiempo pasó rápido. Él le pidió verse de nuevo al siguiente día a la misma hora. Ella aceptó de inmediato la invitación.

Tal como lo acordaron, allí estaban los dos, bañándose en las aguas del Río Negro, sonriendo, hablando, nadando. Así fueron pasando los días hasta que se dieron cuenta de que había nacido entre ellos el más sublime sentimiento: el amor.

Cierto día, cuando José se dirigía a la selva, en busca de las plantas para realizar su trabajo, lo abordó Don Deremare, el Chamán de los Baré:

—Dotor José, espéreme. Usté camina rápido, yo ya no puedo má. A mi 80 años ya no puedo andar rápido.

Don Deremare explicó por qué lo buscaba: —Mire Dotor. Yo toy preocupao por usté, hace día lo veo bajar al río a bañase solito... pero lo veo reír, hablar solito... ¿qué le tá pasando dotor?

Ante tal comentario José le responde:

—¿Cómo? Yo voy solo, pero allí me espera esa linda muchacha que me tiene loco de amor. Ella se llama Iwiji, me dijo que significa Flor. Yo la llamo “Flor del Río Negro”. Es la mujer más bella que he visto en mi vida. Es muy cariñosa, es linda, es lo mejor que me ha pasado. ¿Sabes, Don Deremare? Pienso llevármela para la ciudad, es mi otra mitad.

Don Deremare, no podía creer lo que escuchaba. Y afirma:

— Dotor, yo creo que usté tá mal. Algo le pasa. Yo lo veo solito. A menos que...

—¿Qué? -preguntó José.

— Que esa tal Iwiji no sea real- comentó Don Deremare.

—¿Cómo que no es real? Si yo la veo, la toco, la abrazo. Es real - exclamaba el desesperado José.

En vista de la actitud de José, Don Deremare le propuso:

—Dotor, mañana cuando usté vaya al río, me avisa. Yo lo voy acompañá. Prepararé un poco de caraña y realizaré un ritual que ahuyenta a los espíritus del río. Si ella es real, vendrá. Si es un espíritu o máwari, no se acercará.

Era un día soleado, una tarde cálida, propicia para nadar. Pero ese no era el objetivo ese día. Don Deremare comenzó a sacar sus implementos y luego comenzó el ritual. José miraba atentamente hacia el río esperando ver a su amada, pero... no aparecía por ningún lado.

Pasaron horas en el río esperando, pero Iwiji no llegó a la cita. Fue cuando José comprendió que Don Deremare tenía razón, Iwiji pertenecía a otro plano, vivía en Temendawí, el hogar de los máwari en el fondo del río.

Cuando ya se disponían a partir, se oyó en medio del río un grito: -¡¡¡José nujisa bini (José te amo)!!! José sintió un gran dolor en el alma porque entendió que esa era la despedida... Cuando el amor es sincero trasciende culturas, mundos y perdura en el tiempo.

LA FIESTA DE PUMÉYAWA

Hace mucho tiempo, al comienzo del mundo, vivía en la comunidad Yaba la Diosa de los Olores, a quien los Baré llaman Puméyawa. Ella era muy bonita y por donde pasaba iba dejando una estela de olores que dejaba extasiados a todo el mundo. Además, era muy pulcra, lo primero que hacía todos los días al levantarse era correr hasta la Piedra del Cocuy, en el Río Negro; y con la ayuda de dos enormes mariposas que la llevaban en vuelo, se bañaba en una hermosa laguna de agua cristalina que estaba ubicada en la cima de esta gigantesca mole.

WAYAKÁLIJI DEKA PUMÉYAWA

Kuantúa, isiyán deka kjadi, utánani bineje Yaba ute, Díu Jinátati deka Púmeni, balenu mekánaja Puméyawa. Kujú mawinu ibabúkuni awetate wakjídani bajáwaka pimadani bakún pátini púmeni deka púmenibenu na pimadani máwalinibe walabenu. Yéjewa babúkuni púlini, walabenu yajáneí ikábule kadumakálijí balakani iku Tiba deka Kukuí Itali Taini ute; abi jimakudani deka bakúnama kumáleje katjubenu na anabisani kuju wakuada, akawáni bakún mawinu kaliyajábuku ute deka uni yawájani na babijiténeje iyute wenunte ute deka ali kumáleje tiba.



Puméyawa tenía un conuco muy grande, repleto de plantas de yuca amarga y les enseñó a todas las hembras a preparar mañoco, casabe, catara, warubé, curadá y otros alimentos. Cuando se reunían a realizar la faena propia del conuco, ella les daba estos consejos:

—Las hembras debemos mantenernos aseadas, debemos limpiar el conuco y la casa, lavar nuestra ropa y preparar los alimentos correctamente. También debemos cuidar de nuestra familia.

Puméyawa ikuni bakún miyuli ibabúkuni kumáleje, repleto deka kaniti típini y kadékadani walabenu jinanújube dekadájali machuka, kusi, pulíya, warubé, kuradá basikán nikálíji. Abeuku mebijite sanini dékjada kajwánani ideka miyuli, kujú medinasau abi alíji nawíkuda:

—Jinátati meyejéwaka mesawakáu júrinibe, meyejéwaka wabiya miyuli y pjani, tiba wadeka saya y dekadákali nikálíji idúwali. Kjibálíji meyejéwaka jeukúnaja wadeka wakánaja.



En Yaba, todo transcurría en perfecta armonía, hasta que llegó Pítini la rabipelado, quien era perezosa y desaseada; ella comenzó a

crear cizaña entre los pobladores porque le tenía envidia a Puméyawa. Ella se preguntaba:

—¿Por qué todos quieren estar con Puméyawa? ¿Por qué todos se sienten atraídos por ella? Parece como si la cubriera un aura mágica. Mientras que de mí todos se alejan, nadie quiere ser mi amigo. Tendré que hacer que ella se vaya y así, si se van a fijar en mí... Uummjú.

Entonces hizo un plan para hacer quedar mal a Puméyawa en la fiesta que había preparado y a la que había invitado a toda la comunidad. Comerían un rico ajicero de sardinas con casabe y yucuta de manaca.

Momentos antes de comenzar la fiesta, llegó Merímeli el rabipe-lado, quien se había aliado con Pítini. Al ver a Puméyawa exclamó:

¡Caramba, caramba! uhmmm... ¡qué rico huele! Ah ya sé... preparaste ajicero. Ella, sonriente le dice:

—Si. Con eso complaceré el exigente paladar de mis amigos... y... ¿qué te trae por aquí?

Yaba ute, wala wákjidani ibabúkuni idúwali, até na bikasani Pítini wálisi jinátati, kujú mayejekawákali kamútuli; kujú isiyani jamudukjáti abi kjinanu napena tanakani yáwini abi Puméyawa. Kujú kjínajani:

—¿Napena walabenu kujuni jisa utánaka abi Puméyawa? ¿Napena walabenu utánaka mawisani udeka? Ika na dakani wajaiji kujuni. Uwakánaka na deka un walabenu kudejéwaka, beidáwaka jisa nuni salima. Nujawa kadékada na kujú bijiwa isinka sakuju jisa bekeje nuni...Uummjú.

Ítei badekadániji bakún plan medekadániji mapjau Puméyawa wayakakáliji ute udeka y awatate iba wala bineje. Kujuni menika bekeje bakún kunéjene jatáyaja deka karítibi abi kusi kalibe deka manaka.

Abeuku iba isiyani wáyakakálíji, ukasa Merímeli walisi, nabini udeka bisinkabe deka Pítini. Ikábule yadani Puméyawa tjumamakásaka:

—¡Idúwali, idúwali! Uhmhhh ¡Na kunéjene waka! Ah katejesán... dekjadani jatiyaja. Kuju, apjianana dinani:

—Eje. Abi asá wáyenikálíji nusálimabenu...y ¿na bikasa dákjada awéjeni?



Merímeli le contestó:

—Vine a traerte un mensaje del pez Laulau, el amo del río... me dijo que te viniera a llamar porque necesita hablar urgentemente contigo.

Sin pensarlo dos veces ella salió corriendo y no cerró la puerta, por lo que Merímeli entró y le echó una gran cantidad de sal al ajicero. No conforme con ello, le agregó bastante ají picante a la yucuta. También se orinó en toda la casa y eso causó un hedor muy fuerte que se percibía desde lejos.

Mientras tanto, Puméyawa llegó al río y como no veía al Laulau comenzó a llamarlo:

—Laulau, laulauuuu.

Unos segundos después llegó él y la saludó amablemente:

—¿Cómo estás Puméyawa?... ¿Qué haces a esta hora por aquí?
Y... ¿por qué estás tan agitada?

Ella respondió:

—Ufff, uff... Vine lo más rápido que pude. Merímeli me dijo que me mandaste a llamar. ¿Cuál es la urgencia? ¿Qué tienes?

El Laulau expresó:

—Eso es mentira. Yo no lo he visto hoy. Pero aprovecho para advertirte que Merímeli es muy mal intencionado. Ten cuidado con él. Algo debe estar tramando.

Merímeli dinani:

Nukasa kjabi bini bakún papera deka kubati jmúkuli, italimínale... nudinani na bikasa tjúmaka napena jisa chéleka bima kátei.

Makjínaja bikunama badajánakabe kujú balákani y jena pjiba puerta. Takábite Merímeli siyani y yadasani ibabúkuni yukira iku jatíyaja. Jena wáyeni abi ausa, yadasani ibabúkuni jati párani iku calibe. Kibálijí basíyakani wala pjani ute y ausa dakadani pítini ibabúkuni kumáleje na tédaka asadítei kudijé.

Ítei, Puméyawa bikasani itali y ika jena yadani Jmúkuli isiyani kanaja kuju:

—Jmúkuliíiii, jmúkuliíiii

Bakún tiempo abeuku bikasani kuju y memuriani ika salima:

—¿Ika bitánaka Puméyawa?... ¿Na dékada yajálinki awejéndiwa?
Y... ¿Napena bitánaka ibabúkuni bujuini?

Kuju basa ijéluku:

—Ufff, uff... nudawajáda ibabúkuni kátei. Merímeli nudinani na wanán tjúmaka. ¿Napena nutjúmaka kátei? ¿Na bikuni?

Jmúkuli dinani:

—Ausa yama. Nuni jena yadani kujú wakjétei. Bikjinaján na Merímeli Keinajawákali mapjau. Bikuni bijeukúnaja abi kuju. Asa tánaka kjínajakálijí dékada mapjau.

Puméyawa se siente indignada por la acción de Merímeli y decide regresar a la casa donde ya la esperaban sus amigos. Inmediatamente ella los invitó a entrar y es cuando se percata de lo sucedido. Pide disculpas a los invitados por la hediondez que había y les indica que



sigan para el patio, mientras ella limpiaba todo. Después le sirve la comida y éstos al primer sorbo comienzan a escupir, por lo que ella preguntó:

—¿Qué pasa? ¿No les gustó la comida?

Entonces el picture, el danto y los demás se levantaron de sus asientos muy molestos, diciéndoles:

—Este ajicero está saladísimo y la yucuta está picante. Saben muy mal ¡Te burlaste de nosotros... ya no seremos tus amigos!

Puméyawa contestó:

—No. Les aseguro que probé todo y estaba muy sabroso. No sé qué pudo pasar - pensativa y caminando de un lado para otro dijo: —¡Ah! Ya sé... esto lo hizo Merímeli. Si, fue él, ya no tengo

dudas. Él me hizo salir de la casa de prisa. Pero... ¿por qué quería hacerme esto?... Lo voy a averiguar.

Puméyawa utanakani yáwini diwa na dékadani Merímeli y ijíwana ideka pjani awatate akudubani kujú isalimabenu.

Kátei kujú wanani mewakjídani y kujú ayadani na tanákani wala mapjau. Kuwani amakjinájadaideka salimabenu napena tánakani pjítini y wanán mewakjídani, kujú wabiyani bekeje wala. Newajana sirvió nikálíji y isiyán katúmeda. Kujú dinani:

—¿Na wákjidani? ¿Jena aléjedi nikálíji ini?

Ítei Wayulu, Tjema y bakún mekáduma yáwini babúkuni, medinanin:

—Aliji jatíyaja tánaka babúkuni yukira y calibe tánaka párani. Wala mapjau. ¿Bipjianá wadeka...wini muwibenu bideka!

Puméyawa dinani:

—Jena. Nuni aléjedini wala nikálíji y tánaka kunéjene nali. Katéjesa na wákjidani-kinájani y yawájadaniachandiwátei bakún dinani:

—¡Ah! Katejesán... aliji badekadani Merímeli. Eje, jíwana kuju, tjátini jena nikuni dudas. Kuju nudekadani wabirana deka pjani deka kátei. Pero... ¿na pena jisa nudekadani aliji?... Nujíwana a averiguar.

Con la mejilla sonrojada por el enfado, Puméyawa salió en busca de Merímeli y lo encontró en compañía de Pítini, a quien le comentaba:



—Ahora ya no la van a querer porque van a pensar que Puméyawa es una mentirosa... desaseada, que les da consejos de limpieza a los demás y ella mantiene su casa sucia y, además, no sabe cocinar jajaja.

Pítini también disfrutaba de lo sucedido:

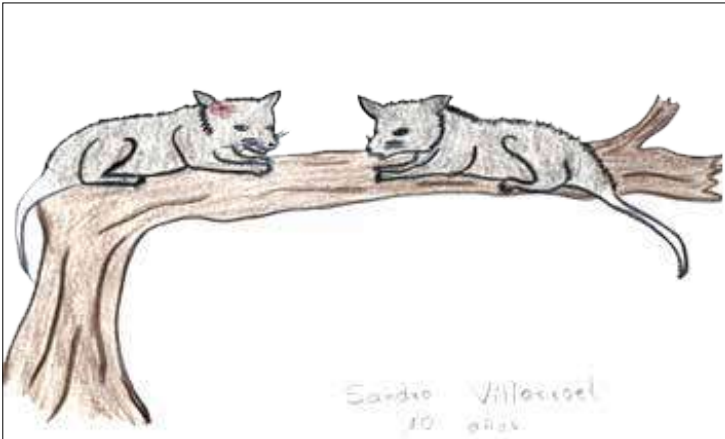
—Bien hecho Merímeli. Yo sabía que me ibas a ayudar a destruir a Puméyawa... jajaja.

Abi kákuda kíyani iku yáwini, Puméyawa wabirana ajasán Merímeli y ibíjite abi Pítini, chelekawaka:

—Yajálika jena memajiwa ujisa napena kinájani na Puméyawa bakún chewe... kamútuli, na bájada udékada deka júlini bakún y kujú ikuni ideka pjani kamútuli y kibálijí, jena dékada jwálika jajaja.

Pítini kibálijí utánaka wáyeni:

—Idúwali dékada Merímeli. Nuni nudekadani na nuyudá mákisa ájau Puméyawa...jaja



En ese momento Puméyawa comprendió lo que había sucedido. Entonces muy calladita regresó y buscó al picture, al danto y a los demás y los invitó a seguirla:

—Acompañenme por favor.

Pero ellos aún enfadados respondieron:

—No, no iremos contigo a ninguna parte. ¿Después de lo que nos hiciste?

Pero ella insistió hasta convencerlos y al llegar donde estaban Merímeli y Pítini, escucharon todo. En ese momento se dieron cuenta de lo injusto que fueron, por lo que les pidieron disculpas a Puméyawa y echaron de la comunidad Yaba a Merímeli y a Pítini por sus malas acciones.

Con el transcurrir del tiempo, cuando Puméyawa ya estaba envejeciendo, se transformó en un frondoso árbol de hojas ovaladas que abunda en los municipios Maroa y Río Negro con cuyas hojas se bañan las mujeres Baré para mantenerse bellas.

Ítei Puméyawa comprendió na wakidá. Ítei babúkuni imatikainda ijíwana y ajasán Wayulu, Tjema y bakúnaka anabisani:

—Inkasa nima, biyudanuni.

Kujuni pjéi yáwini basajéluku:

—Jena, jena wajawa bima jenabéuku. ¿Bakunbéuku deka na wabadekadani?

Kuju insistió até convencerlos y ikábuli awatate metánaka Merímeli y Pítini, tjemudani wala. Ítei comprendieron na mineje kujuni mapjau, kúwani makjinájada wala a Puméyawa y bálaka deka Comunidad Yaba Merímeli y Pítini napena mapjau.

Bakúnbeuku, ikábuli Puméyawa utánaka miyali, wekadánbule kumáleje ada ute deka dábanabenu ovaladas na itájati jalasíkali ute municipios Maroa y Río Negro, ajáu dábanabenu kawa jinanújube bale iku tánaka mawinube.



ENCANTADO POR LOS BÁQUIROS

La curiara se desplazaba silenciosamente por las caudalosas aguas del Río Negro. Bákubi iba en la proa observando el hermoso cielo azul que contrastaba con el negro del río, los cuales parecían unirse en el horizonte lejano. Completaban el paisaje el verde follaje de los árboles ribereños y las bandadas de loros que surcaban el cielo cada cierto tiempo con su canto estrepitoso característico. Mientras tanto Don Manuel, su padre, desde la popa dirigía la curiara con su fuerte canaleta hecho de parature.

Salieron esa radiante mañana hacia la Boca del Casiquiare, sitio donde converge el río Guainía y el Brazo Casiquiare formando al Río Negro. Específicamente iban a un lugar que ya había sido visitado muchas veces por Don Manuel, ahí se encontraban muchos árboles de yurí, el manjar predilecto de los báquiros, situación que Don Manuel aprovechaba para cazarlos.

Al pasar por el Raudal de Mavajate, Bákubi le dice a su papá:

—Mira pá, el raudal ¿Nos podemos detener un ratico ahí? Podríamos tarrayá un poquito de sardinas karítibi y comemos de una vez.

Don Manuel accede y arrima la curiara. Lanzaron la atarraya y sacaron suficientes sardinas, las envolvieron en hojas de plátano formando cuatro paquetes que colocaron sobre las brasas. Mientras esperaban a que se ahumaran, Bákubi jugaba con las espumas del raudal y dejaba volar su imaginación, ya que a sus 12 años su sueño era ser un gran navegante, tener un barco que lo llevara a recorrer el Orinoco desde su nacimiento en el cerro Delgado Chalbaud (Parima)

hasta el mar Caribe, viajar con su familia por el Brazo Casiquiare y el Río Negro hasta llegar al río Amazonas.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando Don Manuel exclamó:

—¡Bákubi, se está quemando el asado! Rápidamente Bákubi eliminó el exceso de fuego y dijo:

—No se preocupe pá, no se quemó. Vamos a acompañar la sardina karítibi con ají picante y mañoco mojado.

Don Manuel asintió con la cabeza y luego acotó: -debemos apurarnos y aprovechar el sol porque si llueve no podremos cazar y tú sabes que aquí llueve mucho.

Posteriormente reanudaron la travesía. A las 2:30 de la tarde aproximadamente, llegan al yurizal. Don Manuel procede a poner en orden todos sus implementos de caza y baja de la curiara. Bákubi intenta hacer lo mismo pero su padre le ordena:

—No, Bákubi. Tú debes quedarte aquí esperándome. Aún no estás preparado para ir de cacería porque no te han hecho el ritual de iniciación, esperemos hasta que cumplas los catorce para que el viejo Yarumare y demás ancianos te lo hagan. Cuando yo regrese, me vas a ayudar a despresar los báquiros, porque voy a cazar varios. En el pueblo la gente está esperando para comprar carne de báquiros. Ayer cacé tres y hoy quiero llevar seis como mínimo.

Dicho esto, Don Manuel emprende el recorrido por un camino angosto casi cubierto por la maleza y con su objetivo en mente, que es el cazar como mínimo seis báquiros, haciendo caso omiso a las costumbres del pueblo originario Baré al que pertenece. La regla es que se debe tomar de la naturaleza lo estrictamente necesario para subsistir, de lo contrario, la persona que la incumpla recibe un castigo.

Al llegar al sitio indicado, Don Manuel se ubica en un sitio estratégico y se dispone a esperar a que los báquiros lleguen. De pronto recordó los consejos del chamán: -Manuel, tenga cuidao, no

abuse de la cacería de báquiros. Ya sé que todos los días traes tres o más báquiros. Los espíritus de nuestros ancestros no permiten eso, ellos se molestan. Tú tienes que cazá poquito na más porque si no, los báquiros te van encantá y va a sucedé una desgracia.

Don Manuel se dijo a sí mismo: Ah caray, Don Yarumare siempre con sus cosas jejeje. Eso era antes. Ahora hay que ganarse los realitos. En ese instante se oye un ruido, se acerca una manada de báquiros. Don Manuel se dispone a colocarse en posición para atacar.

Momentos antes, en la orilla del río Bákubi estaba inquieto, caminaba de un lado para otro. Entonces decidió pescar y buscó dentro del bolso, pero no encontró anzuelos. Subió a un árbol de guama machete que estaba cargadita y comió hasta saciarse. Ya había transcurrido una hora y media aproximadamente y no llegaba su padre, por lo que le pareció buena idea ir a buscarlo y sin perder más tiempo se internó en la selva. Iba cantando y pensando en sus planes, sería el mejor navegante de todos los tiempos.

Entonces, decidió descansar un poco bajo la sombra de un árbol de yébaro que estaba florecido y dejaba caer muchos pétalos que formaban una alfombra color lila. Ya oscurecía cuando retomó su camino. Reinaba el silencio, solo se escuchaban los chasquidos de las mandíbulas de los báquiros ingiriendo las frutas de yurí.

De pronto se escucha la detonación de una escopeta y el grito desgarrador de Bákubi: ¡Aaayyy, me diste papá!

Don Manuel sale corriendo al encuentro de su hijo, quien cayó herido. Lo tomó con ambos brazos y gritaba desesperado: - ¡Hijo, hijo querido!

Perdónameeeeeee!!! Creí ver a un báquiro...era un báquiro...lo ví entre los matorrales... Oh Diiiooooss, no puede ser!!!

Rápidamente Don Manuel corre por el camino hacia el río, con su hijo en los brazos. A pesar de que las lágrimas le impedían ver con claridad, seguía corriendo muy veloz al tiempo que decía:

—Resiste hijo, resiste... Falta poco.

Pero Bákubi perdía sangre y se debilitaba más y más. Sólo decía en voz baja:

—Te quiero mucho pá. Los quiero a todos. Ya no te voy a desobedecer pá. Prometo portarme bien.

Don Manuel hacía el mayor de los esfuerzos para remar fuerte y rápido; con mucho dolor veía cómo a Bákubi se le iba la vida y entre sollozos exclamaba:

—Hijo, escúchame. No quiero que se apague tu voz. Tú siempre serás mi compañero. Te amo hijo y te amaré por siempre. Yo soy quien debe pedir perdón porque desobedecí las reglas del pueblo Baré. Me arrepiento de eso ¡Lo juro!

Al llegar al puerto de San Carlos de Río Negro, cuando Don Manuel procede a bajar a su hijo de la curiara, se percata que el niño ya había fallecido y lanzó un grito desgarrador:

—Nooooooo, noooo. Dios mío, mi hijo nooo. ¡Perdóname hijo, perdónameeeee!!!

La gente que estaba esperando a Don Manuel corrió hasta la curiara a auxiliar al niño, pero ya era tarde. Bákubi había partido a navegar en los ríos del cielo. Don Yarumare, el chamán Baré, también se acercó a la orilla del río y comentó:

—A Manuel lo encantaron los báquiros y creyó que todo lo que se movía en el monte era uno de ellos. Se cumplió lo que decían los ancestros.

EL MITO DEL TIGRE COLMILLOS DE LANZA.

Narrado por el marili (Curandero Baré) Don Alejandro Yarumare, oriundo de
Santa Lucía, municipio Río Negro)
Adaptación realizada por Nieves Azuaje

Cuentan los «antigüeros» que, en el comienzo del mundo, cuando aún no había muchos animales en la tierra, existió un tigre de gran tamaño que tenía unos colmillos extremadamente grandes que sobresalían de su boca, por eso lo llamaban «Colmillos de lanza». Este tigre era muy agresivo, atacaba a todos los animales que se cruzaban en su camino. Acabó con su propia familia, por eso vivía solo.

Aunque él ya murió, su espíritu sigue vivo y es invocado por algunos chamanes (en Baré: marili) para realizar sus rituales cuando alejan los malos espíritus que causan las diferentes enfermedades que afectan a los indígenas Baré.

Los marili que invoquen al espíritu del gran Kuwati deben vivir solos, lejos de esposas e hijos, de lo contrario ellos mismos los matarían cuando se encuentren en trance, es decir cuando se introduzca en ellos el espíritu de «colmillos de lanza».

LA PLANTA SAGRADA

Al inicio del mundo, Mapiruli creó a los Baré en una tierra hermosa con muchos ríos y caños de distintos tamaños y colores. Pero ellos no eran completamente felices, siempre estaban tristes.

Un día Mapiruli les preguntó:

—¿Qué les pasa? ¿No les gusta este mundo? ¿Acaso no les agrada ver la belleza de las aguas cristalinas que corren sin cesar por estos parajes? ¿O no les inspira el vuelo cadencioso de las guacamayas y demás aves?

Katei, el cacique, se apresuró a responder:

—Sí, nos gusta, pero nos parece que falta algo. Aquí hay pescado, lapa, danto, paují y otras especies para alimentarnos. Sin embargo, sentimos que no es suficiente, Señor.

Jiya se acerca a Mapiruli y le dice casi susurrando:

—Nos falta algo que nos mantenga muy cercanos a ti, que nos recuerde siempre que estarás a nuestro lado, cuidando de nosotros.

Mapiruli quedó pensativo y se preguntaba:

—¿Qué podrá hacerlos felices?

Después de un rato, Mapiruli dijo:

—Ah, ya sé. ¿Cómo no se me ocurrió antes?

Volvió donde estaban las personas y expresó:

—Ya tengo la solución. Con mis cabellos voy a crear una planta, la cual les proveerá de muchos alimentos. Y en un instante apareció la planta de yuca amarga.

Los Baré se pusieron muy contentos, danzaban y gritaban de alegría. Pero Mapiruli los interrumpió:

—Debo aclararles algo, esta planta es venenosa.

Ante esta afirmación, los Baré exclamaron:

—¿Cómo? Si la consumimos moriremos inmediatamente. No tendremos descendientes que disfruten este paraíso. ¿Nos quieres exterminar? ¡No puede ser!!

Mapiruli interviene:

—Jajajaja nada de eso. Claro que la van a poder consumir y no morirán por eso. Lo que pasa es que tienen que aprender a procesar la masa que obtendrán de la raíz. Porque ahí está el veneno, en la raíz, por eso deben extraer todo el líquido, para luego preparar los alimentos. Además, ese líquido también lo van a saber aprovechar, estoy seguro de ello.

Mapiruli continuó explicando:

—Es un trabajo arduo, pero vale la pena hacerlo. Deben sembrar bastantes plantas en su conuco, los hombres se encargarán de tumbar y quemar para hacer el conuco. Todos los miembros de la familia sembrarán la yuca amarga.

Katei pregunta un poco preocupado:

—¿Señor... y qué harán las mujeres? ¿Cuál será su tarea?

Mapiruli enseguida les ordena:

-Ustedes mujeres, serán las encargadas de arrancar, raspar, rallar, cernir, sebucanear y de recoger el yare. También tendrán que hacer el mañoco, el casabe, la catara y todos los demás productos. Recuerden que el trabajo que se hace entre todos tiene mucho valor y los llena de satisfacción.

Mapiruli continúa explicando:

—¡Otra cosa más! Todo esto deberán enseñárselo a sus hijos, nietos y demás familiares para que no se pierdan estos conocimientos y los Baré tengan alimentos por siempre. Inmediatamente los Baré comenzaron a preparar el conuco, lo sembraron, hicieron los implementos necesarios para procesar la yuca como: el sebucán, el manare, el catumare, la watura, el rallador y el budare.

Al obtener la primera cosecha, tocaron sus yapururos, cantaron y danzaron alrededor de la fogata para agradecer ese hermoso regalo y se dedicaron al cultivo de la yuca amarga como principal rubro porque es la Planta Sagrada. Desde entonces, la planta de yuca amarga es la más apreciada por estos indígenas, quienes por siglos han seguido las orientaciones y enseñanzas de Mapiruli.

LEYENDA DE PUMÉYAWA

Narrada por doña Andrea Dacosta (Sabia Baré, oriunda de Santa Rosa de Amanadona)

Adaptación realizada por Nieves Azuaje

Puméyawa era la diosa de los olores, era bella y hermosa. Ella se casó con Kuwaka, este era un rabipelado de rabito blanco. Ellos se amaban mucho y vivían muy felices en la selva.

Cierto día, Puméyawa decidió ir al cerro más alto del lugar a buscar plantas para preparar Pusana. Ella fue sola porque Kuwaka estaba pescando. A mitad de camino se encontró con Wálisi, el rabipelado hediondo, quien cordialmente la saludó:

—¡Buenos días hermosura! Uhmhhh, qué aroma más exquisito el que se desprende de ti.

A Puméyawa no le agradó verlo, sin embargo, le respondió:

—Buenos días Wálisi.

Él intenta entretenerla cerrándole el paso y haciéndole preguntas:

—¿Hacia dónde te diriges? ¿Y...qué vas a hacer?

Puméyawa, ya de mal humor expresa:

—Al monte ¡Con permiso, tengo mucha prisa! - y haciéndolo a un lado ella continuó su camino.

Wálisi estaba profundamente enamorado de Puméyawa, pero ella lo despreciaba. Al verla alejarse en el sendero, decidió seguirla, como siempre lo hacía. Si ella iba al río, al caño o al conuco; Wálisi iba tras ella y se quedaba admirando su belleza en silencio. A Puméyawa le disgustaba esa actitud de él, por eso lo trataba con indiferencia y

Wálisi lo sabía, por eso decidió vengarse. Esperó a que Puméyawa estuviese distraída mientras subía el cerro y la alcanzó.

Entonces él le escupió la cara.

Puméyawa indignada lo enfrentó:

—¿Por qué me escupiste? ¿Qué te he hecho yo?

Y sin darle tiempo a reaccionar, lo empujó. Él no se pudo sostener y cayó. Ya en el suelo, adolorido, le dijo:

—Como no me quieres te escupí, para que quedes permanentemente con mal olor como yo. Estás marcada para siempre ja, ja, ja. Esas palabras enfurecieron a Puméyawa aún más, por lo que procedió a pisarlo muchas veces hasta dejarlo mal herido y luego él se fue muy lejos para no regresar jamás.

Puméyawa se libró de Wálisi, pero a partir de esa escupida, las mujeres tienen una parte del cuerpo que expide hedor.

LEYENDA DE LA PIEDRA E' DANTA.

Narrada por Don Dilio Jordán
Adaptación realizada por Nieves Azuaje

En el Río Negro, en época de sequía, sale frente a la Laja de Pinto una piedra muy grande conocida por los Baré como Piedra e' Danta, debido a que en su parte central se erige la figura de una danta.

Una vez, tres jóvenes fueron a bañarse al río, el cual estaba en perfecta calma. Eran las 2 de la tarde y no había ninguna otra persona ahí, por lo que decidieron hacer una competencia; la misma consistía en ir desde la Laja e' Pinto hasta la Piedra e Danta y volver, el ganador era el que hiciera la hazaña en menor tiempo.

Después de realizada la faena, quedaron tan agotados que se sentaron a descansar. En ese instante se les acerca Don Rafael, quien acababa de llegar al lugar y les pregunta:

—Miren muchachos ¿ustedes por qué son tan malos? Ante tal acusación responden con otra pregunta:

—¿Cómo? ¿Por qué dice usted eso? ¿Qué hicimos de malo?

Don Rafael contestó:

—Bueno, porque dejaron a esos niños solos en esa piedra. ¿Cómo se vendrán a la orilla si son tan pequeños?

Todos voltearon y vieron a tres niños morenitos, como de 8 o 9 años de edad, paraditos en la piedra, quienes en ese momento se lanzaron al agua y no volvieron a salir. Seguidamente un escalofrío recorrió el cuerpo de los presentes y salieron corriendo despavoridos a sus respectivas casas a contar lo sucedido.

Para los Baré, esos niños eran mawari que vivían debajo de la Piedra e Danta y estaban esperando la oportunidad para encantar a los jóvenes y llevárselos para Temendawí, su pueblo, el cual está debajo del agua.

LA LEYENDA DE LA PIEDRA DEL COCUY

Tradición oral de los pueblos Baré y Ñeengatü (Geral)

Hace mucho tiempo, los indígenas del Río Negro vivían constantemente en guerra, el botín más preciado eran las mujeres, por eso las raptaban continua y mutuamente. Un día, un joven Baré que poseía grandes poderes desafió las leyes de su pueblo y se enamoró de una muchacha Ñeengatü siendo correspondido por ella. Pero, por ser un amor prohibido (porque estos dos pueblos eran enemigos), acordaron verse en el río y de allí partirían a un lugar lejano. Ella fingió ir a bañarse, porque él le dijo que la alcanzaría momentos después.

Sin embargo, un grupo de guerreros que vigilaba a la muchacha llegó justo a tiempo y trataron de impedir la huida. El joven sabiendo que el castigo que les esperaba era muy grande, decidió transformar a su amada en tara y corrió velozmente hasta llegar a una montaña.

Él se convierte en sapo y luego se introducen por un orificio a través del cual subieron hasta la cima de la misma y de allí lanza a la tara al vacío con dos estrellas que robó del cielo para que guiaran su vida.

Mientras él, convertido en sapo se quedó escondido en lo profundo de la montaña. Cuando creyó que el peligro había pasado, se volvió a transformar en humano y asomó la cabeza, pero los guerreros que aún merodeaban el lugar se la cortaron, quedando petrificada por

el tiempo. Por eso, en ese lugar, al sur del municipio Río Negro, existe una piedra que tiene forma de cabeza humana mirando hacia arriba. La joven mujer aún transformada en tara, llamó a la piedra:

Cocuy, la cual es una palabra compuesta por dos vocablos del idioma yeral: cururú que significa sapo y la «y» que significa agua, en recuerdo del rapto en el río.

GLOSARIO DE TÉRMINOS

Achelekáwaka: para narrar, para contar, para relatar.

Antigüeros: viejos sabios pertenecientes al pueblo Baré. Esta expresión la usan los ancianos indígenas Arawako.

Bongo: embarcación de madera, utilizada por los Baré como transporte fluvial, tiene mayor capacidad que una curiara.

Catara: salsa elaborada con el líquido extraído de la yuca amarga y condimentada con ají picante y bachacos.

Catumare: cesta alargada que se teje con hojas de palma para transportar yuca, manaca o cualquier otro producto.

Curadá: torta hecha de almidón de yuca amarga, parecida al casabe.

Curiara: embarcación pequeña de madera, tiene una capacidad para transportar dos o tres personas aproximadamente, generalmente utilizada para las labores de pesca.

Kasimájau: se denomina así a la niña cuando está menstruando por primera vez y se le realiza el ritual de iniciación.

Kuwati: significa tigre en idioma Baré.

Jatíyaja: significa ajicero en idioma Baré. Consiste en un caldo de pescado al cual se le agrega sal y ají picante, básicamente. Actualmente se le agregan otros ingredientes como cebolla, cilantro y otros. Depende del gusto de cada persona.

Marili (se pronuncia mariri): curandero o chamán Baré.

Marimajare: caño cercano a San Carlos de Río Negro.

- Máwari:** Demonio que persigue a los Baré que no cumplen con las normas de convivencia de este pueblo. Aunque habita en Temendawí, se esconde en los caños y ríos del estado Amazonas.
- Manaca:** semilla recubierta de una delgada pulpa morada, con la cual se elabora un delicioso jugo. También es conocida como azaí.
- Manare:** cedazo para cernir la harina de yuca.
- Mañoco:** pan cotidiano de los amazonenses, es granulado y se elabora con harina de yuca amarga.
- Murujui:** yuca amarga que se deja en remojo durante varios días, generalmente en la orilla de un caño, la misma adquiere un sabor ácido debido a su descomposición y es un ingrediente importante para la elaboración del mañoco y el casabe.
- Mapiruli (se pronuncia Mapiruri):** Dios creador de los Baré.
- Sebucán:** es un utensilio elaborado minuciosamente con un tejido flexible que permite exprimir totalmente la masa de la yuca.
- Temare:** es un fruto parecido al caimito, que cuando está maduro es amarillo por fuera, su pulpa es transparente, dulce y contiene una leche pegajosa. Contiene dos semillas alargadas de color negro.
- Ojo de zamuro:** es la semilla de un árbol que abunda en la carretera San Carlos-Solano y los Baré la utilizan como amuleto para la buena suerte y para protegerse de los seres malignos.
- Temendawí:** es la ciudad donde moran los máwari y es custodiada por las toninas.
- Warubé:** salsa picante elaborada con masa de yuca y bastante ají picante.
- Watura:** cesta para cargar la yuca.
- Yamadu:** es un pequeño hombre cubierto de pelos que vive en la selva amazónica. También es conocido como «el Salvaje».
- Yare:** líquido que contiene la yuca amarga y se extrae a través del sebucán.

Yuca amarga o yuca brava: es un tubérculo amarillento y venenoso.

Para ser consumido se debe extraer todo el yare.

Yucuta de manaca: jugo de manaca al cual se le agrega mañoco.

Yurí: es una fruta que contiene una fina capa de pulpa amarilla, con alto nivel de grasa.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	13
ENCANTADO POR UNA TONINA	15
WARI	21
EL HOMBRE TIGRE	25
DOS MUNDOS	31
LA FIESTA DE PUMÉYAWA	35
WAYAKÁLIJI DEKA PUMÉYAWA	37
ENCANTADO POR LOS BÁQUIROS	47
EL MITO DEL TIGRE COLMILLOS DE LANZA.	51
LA PLANTA SAGRADA	53
LEYENDA DE PUMÉYAWA	57
LEYENDA DE LA PIEDRA E' DANTA.	59
LA LEYENDA DE LA PIEDRA DEL COCUY	61
GLOSARIO DE TÉRMINOS	63



“El pueblo Baré posee una gran riqueza cultural y es nuestro deber amarla, respetarla, difundirla y preservarla”

NIEVES AZUAJE

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Páginas web
Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Redes sociales
Facebook: El perro y la rana
Twitter / X: @elperroylarana
Instagram: @perroylarana
Threads: @perroylarana
YouTube: ElperroylaranaTV

Achelekáwaka.
Cuentos, mitos y leyendas del Pueblo Baré
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
mayo de 2023





Achelekáwaka

Nos permite entender la vida de la gente sabia y alegre del municipio Río Negro, de su actuar, su sentir, su respeto por la tierra, por los pequeños y grandes tesoros que ella alberga. Los cuentos, mitos y leyendas exaltan la música, la danza, el canto, la dignidad y fuerza que representan sus raíces. Al leer los cuentos, mitos y leyendas de Nieves Azuaje, se tiene la sensación de ser partícipe de ese poder que va más allá de las palabras, la fuerza, la energía que, como pinceladas, iban dibujando el espíritu de Mapiruli en las diferentes acciones del hombre Baré.

NIEVES MARÍA AZUAJE DE ROJAS

(San Fernando de Atabapo, 1961)

Docente y escritora perteneciente al pueblo indígena Baré. Fundadora del nicho lingüístico baré “Kawéi Jmíye” que, traducido, significa nido de guacamayas: este promueve la lectura y escritura de ese idioma. Promotora cultural desde hace 20 años y conocedora de la tradición oral y práctica de sus antepasados. Ha escrito poemas, artículos de apoyo educativo y científico, también escribió dos libros: *Durucubite* y este que presentamos *Achelekáwaka, cuentos, mitos y leyendas del pueblo Baré*.

**IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA**



**Gobierno Bolivariano
de Venezuela**

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

